

LAS CIENCIAS SOCIALES COMO CONSUELO*

Minor E. Salas

Universidad de Costa Rica

¿Quién provoca las catástrofes? Los maniáticos de la agitación, los impotentes, los artistas fracasados que han llevado corona, sable o uniforme y, más aún que todos ellos, los optimistas, aquellos que *esperan* a costa de los demás.

E. Ciorán*

Resumen.- Uno de los rasgos fundamentales de los seres humanos es, al parecer, su necesidad de sentirse *útiles* a las demás personas: a su familia, a la comunidad, al Estado o incluso a la "Humanidad" entera. Este rasgo tampoco es ajeno a los cultores de las ciencias sociales y jurídicas. Ellos, generalmente, albergan la esperanza de que sus construcciones intelectuales sirvan para mejorar la sociedad o el "mundo". Sin embargo, esta esperanza no es siempre realista. Ella reposa en el prejuicio racionalista de que existe un entorno que puede ser diseñado y dirigido sobre bases estrictamente tecno-científicas. Se trata, finalmente, de una *ideología misionera* cuyo objetivo básico es la justificación del propio gremio ante la praxis del conocimiento y la racionalización (simbólica) de la experiencia de la vida. Esta ideología desconoce que todo cambio social obedece a una complejísima gama de factores; además, ignora que mucho de lo que se dice en el plano teórico-académico no deja de ser más que eso: ¡un ejercicio lúdico del espíritu de la *curiosidad* con poca o ninguna fuerza transformadora y cuyo contenido esencial está en el *consuelo* que nos pueda ofrecer!

Abstract.- Human beings like to feel themselves *useful* to their family, their community, their country or even the whole humanity. Social and legal scientists are hardly an exception to this rule. Therefore, they hope that their scholar constructions will help to improve society or even the whole world. Such a hope, not a realistic one at all, rests upon a *rationalistic prejudice*. So these scholars foster the *phantasy* that society is or can be conduced to become a setting designed by techno-scientific premises—thus able to be put under the direction of just that kind of means. This presupposition entails no less than a *missionary ideology* of social scientists. It aims at the legitimation of their own scientific communities, labouring under the delusion (a symbolic world) that social experience is a rational one. On the contrary, social change obeys to a very high complex set of factors, where rationality is largely absent. Theoretical and academic speeches, in those sciences, are not much more than a play-oriented exercise of the *spirit of curiosity*. They have very little (mostly none) transforming force. His real function is to bring up *intellectual entertainment* and to provide us some spiritual *consolation*.

* Una versión de este trabajo (con algunos cambios) se publicó en: Sistema. Revista de Ciencias Sociales, No. 200, Septiembre del 2007, Editorial Sistema, Madrid, España, 2007

* Ciorán, E., Silogismos de la Amargura, trad. de Rafael Panizo, TusQuets Editores, marginales 109, 3. edición, Barcelona, 1997, p.65.

Sumario

I) Presentación del problema. **II)** ¿En qué consiste la "concepción misionera" de los científicos sociales? **III)** Auto-engaño, cinismo y consuelo en la ciencia social. **IV)** ¿Una alternativa a la concepción misionera?: La denominada "social piecemeal technology" (Popper, Albert)? **V)** ¿Es nuestra posición "conservadora" y "reaccionaria"? **VI)** Conclusiones generales. Referencias Bibliográficas

I. Presentación del problema

Toda persona anhela, en principio, que sus ideas sean tenidas en cuenta y que ellas sirvan, en algún grado, para *transformar* ciertos aspectos de la realidad (personal o social). Un político, al someter a discusión un proyecto de ley, quisiera que sus compañeros –en especial quienes forman parte del Parlamento– lo secunden y aprueben su moción; un estudioso de la economía quisiera ver sus modelos económicos implementados en el mercado, pues él, si es consecuente, considerará que precisamente esos modelos son mejores que sus adversarios; el autor de un libro o de un ensayo académico (¡como el presente!) desearía encontrarse con lectores inteligentes que valoren sus pensamientos o la belleza estética de su texto. Ya lo decía Andreski: "Un autor muy famoso tendría que poseer un carácter extraordinario (en cierto sentido, tendría que ser un super-hombre), para poder trabajar productivamente con la plena conciencia de que sus obras son inútiles y de que, por lo tanto, él es un charlatán cuya fama brilla de manera inmerecida y está respaldada exclusivamente por la estupidez y la ingenuidad de sus admiradores."¹

En fin, todo ser humano tiende a sentirse "útil" en la sociedad y a considerar que el fruto de sus esfuerzos y sacrificios acarrea consecuencias positivas en su medio. Esto, en general, es normal y no se ve porque tenga algo de reprochable. Todos queremos que, durante el corto tiempo en que habitamos la comarca de la vida, podamos dejar las huellas estampadas en el rocío de la gran noche. Rehusamos admitir que nuestra existencia y nuestro recuerdo sean tan efímeros y fugaces como las pompas de jabón en el torbellino del tiempo. La salud mental de los individuos, nos informan los psicólogos, depende de cultivar esta perspectiva del mundo.² Es así como el espíritu humano se cierce a la máxima de Cicerón, según la cual *dum spiro, spero*; es decir, mientras respiro, espero, mantengo la fe, cultivo el ensueño, anhelo el porvenir. El individuo absorbe, al igual que el girasol sediento de luz de mediodía, los néctares de la ilusión que lo alimentan y le dan sustento diario.

¹ Andreski, S., *Die Hexenmeister der Sozialwissenschaften. Missbrauch, Mode und Manipulation einer Wissenschaft*, List Verlag, Munich, 1974, p. 7. El original de esta obra está escrito en inglés, el cual no he podido, lamentablemente, consultar.

² Así, por ejemplo, el clásico estudio de Frankl, V., *Man's search for meaning*, Washington Square Press, New York, 1985.

Pero –y aquí es donde empiezan las grandes dificultades y frustraciones de la civilización– la realidad no siempre se adecua a nuestros deseos. También existe el *principio de realidad* (Freud). La muerte, la enfermedad, la pobreza, la hoz de la necesidad y el imperio de la miseria, nos muestran que el mundo está lejos de satisfacer todos los anhelos y de cumplir todos los caprichos de un alma insaciable. Sin embargo, repetimos, las personas insisten en contradecir la experiencia. Reniegan frente a lo incontestable. Cierran los ojos ante la evidencia. Se auto-engañan. Nadie mejor que el gran interprete de la psiquis humana (i.e., Freud) para referir, con especial concreción, a este hábito mental:

"La vida, tal y como nos ha sido impuesta, resulta demasiado pesada, nos depara excesivos sufrimientos, decepciones y empresas fallidas. Para soportarla, no podemos pasarnos sin tranquilizantes."³

Lo importante de destacar en este trabajo es que esa fe en una "misión", la esperanza de que seamos realmente útiles (más allá de nuestros deseos), de que nuestros actos trasciendan el espacio y el tiempo, no solo es propia de los individuos particulares, sino también de las ciencias sociales y jurídicas en cuanto disciplinas académico-institucionales.⁴ En un número especial de la prestigiosa revista *International Social Science Journal* (ISSJ) se puede leer, concretamente, la siguiente afirmación: "...las ciencias sociales pueden ayudar a los seres humanos a dar sentido al mundo social; y al situar las ideas, los temores, los intereses, los valores y las relaciones de los seres humanos en el centro de los procesos sociales a los que reflejan y configuran, son intrínsecamente participativas y democráticas. Por el contrario, si se concede poca importancia a las ciencias sociales, la solución de los problemas de los seres humanos parece estar fuera de su alcance. En otras palabras, las buenas ciencias sociales son a un tiempo sociales y científicas."⁵

Es precisamente este el tema que será tratado, con pluma crítica, en las páginas subsiguientes. A dicho fenómeno se le denominará *la concepción misionera de los científicos sociales*.⁶ Se tratará de demostrar que, en realidad, esa concepción,

³ Freud, S., *Das Unbehagen in der Kultur*, recogido en: *Kulturtheoretische Schriften*, S. Fischer Verlag, Frankfurt am Main, 1974, p. 207.

⁴ Hago la advertencia, desde ya, que no se me escapa el hecho de que hablar de la(s) "ciencia(s) social(es)" puede resultar muy riesgoso. El argumento que se podría esgrimir en mi contra es que no existen una(s) "ciencia(s) social(es)" –monolítica(s) y uniforme(s)– sino que hay muy distintas clases de disciplinas, las cuales, a su vez, cultivan muy distintas clases de metodologías. En lo esencial, yo no discrepo de ese argumento. Empero, cabe señalar que las puntualizaciones que aquí se realizan son pertinentes para unas u otras, pues, mi crítica no cuestiona la validez epistemológica o cognoscitiva de los axiomas o postulados básicos de las ciencias sociales, sino el uso (retórico) que muchas veces se hace de ellos. Es decir, los argumentos críticos aquí esgrimidos atacan, para usar la conocida expresión de Reichenbach, el "contexto de descubrimiento", no el de "validez".

⁵ Revista Internacional de Ciencias Sociales 177, UNESCO, septiembre del 2003, versión digital tomada de la dirección electrónica: http://portal.unesco.org/shs/en/file_download.php/3a5e4683f464b0c6bc20a9e6ce976c6bFulltext177spa.pdf

⁶ En especial recomiendo la lectura del editorial donde se discute esta idea con más detalle y se señala explícitamente: "...el mandato editorial de la Revista internacional de ciencias sociales, así

más allá de las transformaciones que pueda propiciar en su entorno, lo que busca es racionalizar la experiencia vital y con ello brindar sentido a las acciones individuales y colectivas. Es decir, lo que busca es confirmar que la acción humano no es caótica e incontrolable, sino previsible y racional, no es vacía, sino plétórica de significado, no es impotente y estéril, sino productiva y fértil.

La **tesis fundamental** que aquí se sostendrá es que, si bien esta fe en una misión puede ser fuente inspiradora de cosas nobles, ella es también un gran *obstáculo epistemológico* (Bachelard) en la formación de un espíritu científico autónomo e independiente.⁷ El teórico social, interesado en comprender de una manera verdaderamente *realista* lo que pasa a su alrededor, tendrá que deponer, hasta donde le sea posible, sus esperanzas y ensueños más íntimos.⁸ Tendrá que renunciar a su fe en la omnipresencia de la bondad humana, pues también encontrará que el conocimiento puede utilizarse con fines perversos e insanos.⁹ El teórico social deberá, por lo tanto, cultivarse en el arte del desencanto y de la desilusión y convertirse así, a contrapelo de la opinión pública, en un *cazador de mitos*.¹⁰ Abandonará la visión parroquial y folclórica –que se cultiva en la misa de los domingos– a cambio de una *perspectiva irrespetuosa de la sociedad* (Berger).¹¹ Intentará no ceder a los vínculos afectivos para con su patria, con el Estado, con su clase, con su religión, con su madre o con su padre.¹² Tratará, en fin, de cultivarse en el difícil arte de la autonomía y de la autarquía moral y científica.¹³ Detrás de esta aspiración metodológica se encuentra, finalmente, el ideal weberiano de objetividad que no es, dicho sea de paso, un ideal epistemológico sino *ético*, es decir, de honestidad profesional.¹⁴ Pero, dejemos por

como el empeño de la UNESCO en ese sentido, parten de la premisa de que las ciencias sociales son importantes."

⁷ Bachelard, G., *La formación del espíritu científico. Contribución a un psicoanálisis del conocimiento objetivo*, Siglo XXI Editores, México, 2003, pp. 15 y ss.

⁸ Bertrand Russell decía: "El hombre de ciencia, cualesquiera que sean sus esperanzas, tiene que dejarlas de lado cuando estudia la naturaleza [o la sociedad]; y lo mismo tiene que hacer el filósofo que anhela la verdad." Véase: *Misticismo y Lógica*, trad. de José Rovira Armengol, Editorial Paidós, Buenos Aires, Argentina, 1975, p. 15.

⁹ Ya lo decía Peter L. Berger: "Naturalmente, es cierto que algunos tipos de explorador Boy Scout se han convertido en sociólogos. También es cierto que un interés benévolo en la gente podría ser el punto de partida biográfico para los estudios sociológicos. Pero es importante señalar que una actitud malévola y misantrópica podrían servir exactamente para el mismo fin. Los conocimientos sociológicos resultan valiosos para cualquier persona interesada en una actividad dentro de la sociedad. Pero esta actividad no necesita ser particularmente humanitaria", *Introducción a la Sociología. Una perspectiva humanística*, Editorial Limusa, México, 1977, p.13. También he consultado la versión inglesa de la obra.

¹⁰ Elias, N., *Was ist Soziologie*, 9. edición, Juventa Verlag, Weinheim y Munich, 2000, pp. 51 y ss.

¹¹ Berger, P.L., *Invitation to Sociology. A Humanistic Perspective*, Anchor Books, Nueva York, 1963, p. 43.

¹² Al respecto véase Fromm, E., *El dogma de Cristo y otros ensayos sobre religión, psicología y cultura*, trad. de Gerardo Steenks, Editorial Paidós, Buenos Aires, pp. 137 y ss.

¹³ Resulta claro que cultivar estas virtudes no es lo más frecuente en la "provincia de la ciencia". Allí no solo los valores de verdad y corrección juegan un papel importante, sino también los de la falsedad y hasta los de la mentira abierta.

¹⁴ Weber, M., "Die 'Objektivität' sozialwissenschaftlicher und sozialpolitischer Erkenntnis", recogido en: *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*, J.C.B. Mohr, 7. edición, Tübingen, 1988, pp. 105 y ss.

ahora este tema y pasemos a precisar, con mayor detalle, el concepto de concepción misionera.

II. ¿En qué consiste la concepción misionera de los científicos sociales?

El término *concepción misionera* lo he adoptado directamente de los trabajos sobre teoría social del Prof. Enrique Pedro Haba, quien, en una serie de ensayos publicados en Costa Rica y España, acuñó el concepto y le dio un contenido preciso. De allí, pues, que nadie mejor que él para indicarnos en qué consiste este vicio del pensamiento social. Al respecto nos dice el filósofo uruguayo: La concepción misionera consiste en: "...la ilusión de que [las ciencias sociales] constituyen unas disciplinas esencialmente 'prácticas'. Se tiende a suponer que están destinadas sobre todo a resultar 'útiles' para modificar, de tal o cual manera, la realidad social misma, sea mediante unos (revolucionarios) u otros (tecnocráticos) modos de intervenir allí, que enseñarán los expertos en ellas. Este punto de vista, el cual bien puede llamarse una concepción 'medicinal' o 'misionera' sobre la labor que cumplen o deberían cumplir dichos profesionales, se revela como abruptamente distante de cuanto hacen, o puedan llegar a hacer, la inmensa mayoría de ellos en la realidad. Si bien existe, entre estos, una pequeñísima minoría que puede alcanzar alguna influencia en tal sentido, sus efectos reales son sensiblemente más modestos de cuanto la tesis de la Misión da a entender."¹⁵ En otro sitio, el mismo autor ofrece una definición aún más lacónica, pero igualmente contundente del fenómeno en discusión. Nos dice que este consiste en: "la cándida, pero laboralmente provechosa...creencia de que los profesionales [de la sociología, la ciencia política, la economía, el derecho...] pueden y deben ocuparse de 'arreglar el mundo', o en todo caso las habitaciones del vecindario."¹⁶

Por su parte, es interesante señalar que el gran sociólogo Peter L. Berger se había percatado de esta propensión acrítica a concebir las ciencias sociales (en especial, la sociología) como un instrumento indispensable para la transformación social positiva. Al respecto nos dice: "La suposición común es que en todas estas clases de esfuerzos [esto es, en los esfuerzos de los teóricos sociales] se podría 'hacer algo por la gente', 'ayudar a la gente' o 'hacer una labor provechosa para la comunidad'".¹⁷ Y continúa agregando: "La sociología, según este enfoque, juega el papel de un árbitro respecto a todas las demás ramas del conocimiento, ello con el propósito de alcanzar el bienestar de los seres humanos."¹⁸ A esta perspectiva del conocimiento social Berger le llama la concepción del "Boy Scout"; es decir, un

¹⁵ Al respecto véase, con tono polémico: Haba, E.P., "Variantes del pensamiento escapista en una moderna 'santa familia': sobre Rawls, Habermas, etc.", en Sistema 137, marzo de 1997, Madrid, España, p.109; del mismo autor: "Teorización constructivista como 'forma de vida' (sobre 'reglas' y 'formas' del discurso jurídico en los tribunales inexistentes)", en: DOXA 21-I (1998), Departamento de Filosofía del Derecho, Universidad de Alicante, España, pp. 147 y ss., y en especial, pp. 164-168.

¹⁶ Haba, E.P., op.cit., 1997, p. p.109.

¹⁷ Berger, P.L., op.cit., 1977, p. 12.

¹⁸ Berger, P.L., op.cit., 1963, p. 6.

enfoque cándido epistemológicamente según el cual el saber social es bueno y útil por antonomasia.

Creo que a partir de estos pocos párrafos quedará suficientemente claro cuáles son los rasgos fundamentales de la concepción misionera. Sin embargo, y solo con un propósito didáctico, se pueden concretar, analíticamente, los atributos de dicho enfoque de la siguiente forma:

(a) La primera idea subyacente a la concepción misionera es que los teóricos sociales cumplen, esencialmente, una labor pragmática de ayuda en la construcción de las políticas configuradoras de la realidad social; es decir, las ciencias sociales no son disciplinas enfrascadas en una celestial torre de marfil, sino que se relacionan y/o afectan, directamente, las prácticas sociales de la vida cotidiana. Este elemento de la concepción misionera puede calificarse como *dimensión técnica*;

(b) La segunda idea es que los científicos (si son personas éticamente responsables) tienen un *compromiso* social ineludible: generar pensamientos, teorías, ideas, explicaciones o modelos que sirvan para cambiar el mundo hacia algo mejor. A este aspecto se le puede denominar la *dimensión axiológica*;

(c) El tercer elemento central de la concepción misionera radica en sostener que la *justificación* del quehacer académico reposa, en última instancia, en su misión transformadora. Tal y como se consigna en un reciente editorial de la revista International Social Science Journal: "Lo que está [aquí] en juego es el potencial transformador del análisis social."¹⁹ En este enfoque parece aún regir, en su máxima expresión, la conocida tesis de Marx: "Los filósofos [¡o los científicos sociales!] se han limitado a interpretar de distintas maneras el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo." A este aspecto se le puede llamar la *dimensión política* del problema.

Es claro que estos tres componentes (el técnico, el axiológico y el político) – propios de la concepción misionera– se interrelacionan entre sí de múltiples maneras y que, por lo tanto, solo por razones de claridad se ha realizado una separación analítica.

Dado que la mayoría de las veces, los conceptos quedan más claros si se ofrecen **ejemplos** al respecto, señalaré seguidamente algunos casos paradigmáticos en los cuales se pueden vislumbrar los atributos centrales (mencionados) de la concepción misionera.

El ejemplo más representativo lo ofrece, sin lugar a dudas, el propio padre de la sociología: Augusto Comte. Paralelo al conocido lema de *saber para prever*, en

¹⁹ Revista Internacional de Ciencias Sociales 177, UNESCO, septiembre del 2003, versión digital tomada de la dirección electrónica: http://portal.unesco.org/shs/en/file_download.php/3a5e4683f464b0c6bc20a9e6ce976c6bFulltext177spa.pdf

Comte está también muy presente otra aspiración: *saber para ayudar*.²⁰ Allí es donde se origina, en gran medida, la ideología, según la cual la tarea principal del científico social es de corte *reformista*. Algunos pasajes del propio autor serán ilustrativos al respecto: "Soyons en rapport avec les hommes pour travailler à l'amélioration de leur sort"...²¹ Y continúa agregando: "Je ferais très peu de cas de travaux scientifiques si je ne pensais perpétuellement à leur utilité pour l'espèce humaine." Aquí se aprecia, claramente, como todo el trabajo científico está supeditado a propiciar el desarrollo, no ya de unas personas particulares, sino de la "especie humana". Por eso no resulta extraño que la "física social", a la cual aspiró el sociólogo francés durante toda su vida, sea, en sus propios términos, un "Plan de travaux scientifiques nécessaires pour réorganiser la société".²²

Ahora bien, pocas construcciones teóricas fueron tan elocuentemente receptivas a la creencia en una misión social global como el marxismo (al menos en algunas de sus lecturas). Durante la época de esplendor y gloria de los autores marxistas se publicaron, probablemente, una infinidad de obras y de panfletos en los que el credo reformista ("revolucionario", se decía en ese entonces) estaba presente hasta el punto del éxtasis.²³ Sin embargo, mucho más que el propio Marx, quien efectivamente creía en una sociedad libre de opresiones, fueron sus seguidores quienes le atribuyeron, no solo al marxismo, sino a las ciencias en general, un carácter *redentor* y cuasi *religioso*. No es de extrañar que, aún en la actualidad, muchos teóricos sociales de la "izquierda" se sientan (aunque no lo digan abiertamente) como *profetas* en una *misión salvífera* destinada a la emancipación de la sociedad o incluso de la Humanidad entera. Estos profetas (que por lo general ocupan cátedras universitarias en filosofía social, en sociología, en estudios de la cultura o de los derechos humanos) no se preocupan mucho por el contenido empírico-analítico de sus postulados, sino que más bien se conforman con elaborar fantásticos castillos a partir de fórmulas emotivas tales como: respeto por la "diferencia", consideración de la "otredad", rescate de los "oprimidos", salvación de los "afligidos", etc.

²⁰ Véase al respecto Arnaud, P., *Sociologie de Comte*, Presses Universitaires de France, Paris, 1969, en especial el capítulo titulado precisamente "savoir pour servir", pp. 7 y ss.

²¹ Esta y las siguientes frases han sido tomadas de Arnaud, P., *op.cit.*, pp. 7 y 9.

²² Título bajo el cual Comte publicó uno de sus libros en el año de 1822. He consultado la versión en español de esa obra: "Plan de los trabajos científicos necesarios para reorganizar la sociedad", recogido en: Comte A., *Primeros Ensayos*, trad. de Francisco Giner de los Ríos, Fondo de Cultura Económica, México, 1977, pp. 69 y ss. La idea básica de la obra la resume el autor en los siguientes términos: "La formación de un plan cualquiera de organización social se compone necesariamente de dos series de trabajos, totalmente distintas en su fin así como en el género de capacidad que exigen. Una, teórica o espiritual, tiene como fin el desarrollo de la idea principal del plan, es decir, del principio nuevo según el cual deben estar coordinadas las relaciones sociales, y la formación del sistema de ideas generales destinado a servir de guía a la sociedad. La otra, práctica o temporal, determina la manera de repartirse el poder y el conjunto de las instituciones administrativas más en relación con el espíritu del sistema, tal y como han sido fijados por los trabajos teóricos.", *op.cit.*, pp. 89-90.

²³ Véase nada más la clásica obra de Kolakowski, L., *Die Hauptströmungen des Marxismus* (3 tomos), 2. edición, Piper, Munich, Zürich, 1981.

No está de más señalar que, ya no solo en el plano epistemológico, sino también en el político, es necesario *desconfiar* de semejantes profecías y sus portavoces. Hay que recordar –y no necesariamente como una alegoría– que fue uno de los más majestuosos profetas (Elías) quien, en cumplimiento de sus deberes sagrados (históricos, dirían hoy), ordenó la matanza de todos los adoradores de Baal (¡450 en total!), pues ellos se le oponían en su credo y no aceptaban lo que él les predicaba. "Elías les dijo [a sus seguidores]: Echad mano a los sacerdotes de Baal, que no escape ninguno de ellos; les echaron mano y Elías les hizo bajar al torrente de Quisón, y allí los degolló".²⁴

Como ejemplo paradigmático de las ideas que se han venido sosteniendo hasta aquí, se puede citar a un autor que, a pesar de su agudeza intelectual, no deja de caer en una concepción misionera harto sospechosa. Nos referimos a Herbert Marcuse. Este autor, en uno de sus artículos más representativos intelectualmente ("Tolerancia Represiva")²⁵, llega a la conclusión de que, en ocasiones y para subvertir el status quo de una sociedad opresora, es necesario ser intolerante e incluso practicar abiertamente la violencia.²⁶ Cuando los miembros de la sociedad industrial avanzada son esclavos de una "falsa conciencia", entonces se hace necesario liberarlos. Para ello será legítimo valerse de todos los medios subversivos que reviertan el orden normal de las cosas y que liberen la inteligencia de los agentes sociales. Tal y como lo dice el propio autor de una manera gráfica: "Las pequeñas y débiles minorías que luchan contra la falsa conciencia y sus beneficiarios, deben ser ayudadas..."²⁷

Lo que está en el fondo de la concepción de Marcuse (y de otros muchos autores "críticos" como él: ejemplo Habermas) es, finalmente, la tesis de la *conciencia ilustrada*. Es decir, se parte del postulado (axiológico) implícito de que existe una gran mayoría de sujetos adoctrinados, adormecidos o embrutecidos por las concepciones ideológicas dominantes de un régimen opresor (por ejemplo el del "capitalismo tardío") y que es necesario "liberar" a esos sujetos para que desarrollen así sus plenas capacidades humanas. Si las personas están ciegas, hay que mostrarles la luz, si están sordas hay que leerles la palabra, si son esclavas hay que redimir las. "Para permitirles llegar a ser autónomas, hallar por sí mismas lo que es verdadero y lo que es falso para el hombre en la sociedad existente, tienen que ser liberadas de la doctrina dominante..."²⁸ La misión del cientista social, del supuesto "humanista", o sea, de aquel que posee una "conciencia ilustrada" y que se ha liberado por ende de los dogmas ideológicos,

²⁴ Libro primero de Reyes, 18, 40. Mi amigo, el Prof. Dr. Juan Diego Moya B., me llamó la atención sobre este pasaje bíblico, muy representativo, por cierto, de la actitud que estamos criticando.

²⁵ Marcuse, H., "Tolerancia Represiva", recogido en la obra conjunta de Robert Paul Wolff, Barrington Moore y Herbert Marcuse: *Crítica de la tolerancia pura*, Editora Nacional, Madrid, 1977.

²⁶ Al respecto dice expresamente el autor: "...la sociedad no puede permitirse la no discriminación cuando están en juego la misma existencia pacífica, la libertad y la felicidad: aquí ciertas cosas no pueden decirse, ciertas ideas no pueden expresarse, ciertas orientaciones políticas no pueden sugerirse, cierta conducta no puede permitirse sin hacer de la tolerancia un instrumento para el mantenimiento de la sumisión abyecta", op.cit., p. 82.

²⁷ Marcuse, H., op.cit., p. 99.

²⁸ Marcuse, H., op.cit., p. 90.

radica en contribuir a este proceso de emancipación de las ataduras y de la ofuscación ideológica. Dicho con palabras del propio Marcuse: "...todo el que tiene 'madurez de sus facultades' como ser humano, todo el que aprendió a pensar racional y autónomamente..."²⁹ está llamado a luchar por una misión liberadora. No es necesario recapitular aquí las nefastas consecuencias a que condujo, históricamente, esta noción de "conciencia ilustrada" (por ejemplo, en los regímenes comunistas y fascistas de distinto cuño).

La enseñanza de estas experiencias pareciera ser, entonces: tener cautela con aquellos que creen conocer mejor que cualquier otro ser humano los fines últimos de la existencia, o con aquellos que dicen captar las necesidades del "pueblo" mejor que el "pueblo" mismo o aquellos que se rasgan las vestiduras por los "desamparados" de este mundo, pues después cobrarán esas vestiduras como si fueran sedas bordadas en oro y delicados lienzos de la antigua China. Esto no implica, por supuesto, que uno no deba adoptar una posición ética o política activa en torno a problemas como la pobreza o la opresión. Nadie en su sano juicio (excepto algún dictador de sangre azul de los que aún hoy día perviven en nuestro mundo) afirmaría estar de acuerdo con el hecho que otras personas vivan en la absoluta miseria y el hambre. La desconfianza no va, pues, en esa dirección. Lo que se critica es más bien la creencia de que esos problemas se resuelven discursivamente; es decir, de que bastan algunos sermones en las plazas públicas (o en las cátedras universitarias) para que las cosas cambien radicalmente de rumbo. La crítica se dirige, en fin, contra la ingenuidad epistemológica y la hipocresía gremial, no contra la búsqueda – honesta y sincera– de soluciones empíricamente plausibles.

III. Auto-engaño, cinismo y consuelo en la ciencia social

La gran paradoja del auto-engaño es que somos incapaces de percibirlo como tal. "*No vemos qué es lo que no vemos*".³⁰ Es decir, no nos percatamos de que hay algo que escapa a nuestro horizonte de percepción y de reconocimiento intelectual. Esta supresión se produce, tal y como se ha indicado ya, por razones de equilibrio emocional o simplemente para evitar el *dolor* que puede causar enfrentarse con un hecho desagradable. Se trata, finalmente, de un trueque entre dolor y conciencia: entre menos sepa yo, menos experimento la angustia generada por la conciencia de mi entorno. La vida sería insoportable si una persona tuviera que prestar atención y preocuparse por todos los fenómenos que le rodean. Por eso, tiene que ser altamente selectiva. Escoger (voluntaria o involuntariamente) entre la gigantesca cantidad de sensaciones, de impresiones, de imágenes, de emociones y de información que le bombardea a cada instante. Si no se hiciera esta selección, la conciencia quedaría paralizada ante la

²⁹ Marcuse, H., op.cit., p. 96.

³⁰ Al respecto consúltese el libro de Goleman, D., *La Psicología del autoengaño*, trad. de Dorotea Pläcking de Salcedo, Editorial Atlántida, Buenos Aires, 1997, p. 18. Hago la observación de que Goleman resulta un personaje polémico: para algunos se trata de un gran psicólogo, para otros de un charlatán. En todo caso, para nuestros efectos lo importante es el carácter informativo que tiene su libro.

incertidumbre de las posibilidades abiertas. La elección dependerá de muchísimos factores, pero es de suponer que uno de ellos es elegir aquella información que resulte vital para nuestros intereses o que no genere dolor. Recordemos, en este sentido, la pertinente expresión de Jeremy Bentham:

"La naturaleza ha colocado al ser humano bajo el imperio soberano de dos amos: el placer y el dolor...Estos nos dominan en todo lo que hacemos, en todo lo que decimos, en todo lo que pensamos: todo esfuerzo que hagamos para renunciar a su yugo, servirá simplemente para demostrarlo y confirmarlo. En la teoría, un hombre puede pretender abdicar a su imperio, pero en la realidad permanecerá atado a ellos todo el tiempo."³¹

No hay por qué suponer que el deseo de escapar al dolor y a la angustia –al parecer un rasgo estructural de los seres humanos– tenga que ser diferente en los científicos sociales. También ellos sienten, aman, odian y buscan evitar el sufrimiento y no hay, para muchos, mayor sufrimiento que renunciar a los sueños y a las fantasías que les son gratas. Recordemos que toda fantasía encuentra su raíz más profunda en un deseo insatisfecho. El teórico social aspira, por lo general, a que sus pre-concepciones sobre el mundo se correspondan con este; que sus propuestas políticas se implementen en la praxis vital de su entorno; que sus planes de tecnología social se lleven a feliz término. Aún si no creyese que esto es realmente viable, es muy seguro que sí crea, empero, que lo que él escribe tiene efectos en órdenes de la vida social que trascienden el plano puramente individual y académico. Si se trata de un autor muy prestigioso o de una gran autoridad en su campo, es posible que la inclinación a concebirse como un **elegido** para la transformación socio-política e histórica sea aún mucho mayor y más tentadora. Recordemos que no es fácil resistirse a la lisonja constante de los apóstoles y aduladores, a los persistentes halagos de las masas y a la pleitesía que rinden aquellos a quienes se les dice, precisamente, lo que desean escuchar.

Ahora bien, el problema no está en que unos determinados científicos sociales [por ejemplo, Habermas con su *situación ideal del habla*, Giddens con su *teoría de la estructuración*, Alexy con su *teoría de la argumentación racional*, Ferrajoli con su *sistema jurídico garantista axiomatizado*] crean tales cosas o alberguen subjetivamente tales esperanzas, sino en presentar esos *deseos* a contrapelo de la experiencia cotidiana y de la reiterada evidencia histórica en su contra.³²

Por otro lado, no hay que llamarse a mentiras piadosas. Hay que designar las cosas por su nombre. La principal fuente de respaldo de la concepción misionera no es solo de corte psicológico (el auto-engaño para evitar el dolor o el *consuelo* que genera el sentirse "útil"), sino también de corte *mercantil*. No sería extraño que quienes predicán la misión "salvífica" de las ciencias sociales lo hagan, no porque sean ignorantes de los alcances mínimos de sus respectivas disciplinas, sino más bien porque ello les genera sus réditos. Hoy más que nunca, y ante la disyuntiva comercial de justificar las actividades académicas, se hace necesario

³¹ Bentham, J., *The principles of moral and legislation*, Prometheus Books, New York, 1988, p. 1.

³² Para una crítica vehemente contra estos autores, ver: Haba, op.cit., 1997.

presentar el propio quehacer como algo muy útil e importante para el devenir del mundo social. Todo esto genera una infinita cantidad de actividades de las cuales es posible usufructuar de una u otra forma. Así, por ejemplo, muchas personas viven, casi con exclusividad, de las invitaciones a conferencias, a congresos, a coloquios internacionales. Se generan así millones de dólares al mes en el pago de *consultorías*, donde lo que se busca es rendir informes o memorias sobre temas de moda: medio ambiente, derechos humanos, estudios de la cultura, relaciones internacionales, diplomacia política, etc. Muchos de estos informes, por supuesto, no pasan del escritorio de algún burócrata internacional y jamás llegan a implementarse en la práctica social o vital de comunidades concretas.

Ahora bien, lucrar de estas "formas de vida" (Wittgenstein) burocráticas no tendría mucho de malo, siempre y cuando se fuera más sincero y se reconociera que el trabajo que allí se desarrolla tiene escasísimas posibilidades de aplicación real o de transformación del medio. Es decir, si se reconociera que el devenir socio-histórico de cualquier comunidad (y de sus respectivas instituciones) no puede estar siempre sujeto a baremos pre-establecidos de planificación y de racionalidad estricta. Si uno no cierra los ojos ante lo que pasa en la vida cotidiana –dejándose seducir exclusivamente por prejuicios racionalistas de diversa calaña– observará que las políticas sociales que se ponen en práctica en nuestra sociedad, se toman de una manera bastante caótica, desordenada y oportunista. Es aquí –en el mundo de la política social– donde el espectáculo de las grandes promesas, del sensacionalismo televisivo, de la propaganda, del llamado a las emociones irracionales y al show escandaloso de los Mass-Media, juegan un papel crucial. Quien afirme que detrás de todo este *mare magnum* de manifestaciones sociales, jurídicas y mercantiles subyace una planificación social-racional no solo se engaña a sí mismo, sino que también hace apología, quiéralo o no, de un ordenamiento cuyas bases prácticas escapan, en una enorme medida, a la racionalidad técnica postulada en el plano teórico-discursivo.³³

Lamentablemente, lo dicho hasta ahora no es reconocido ni puede ser reconocido abiertamente en la actividad universitaria oficial o en el establishment académico. Ello implicaría, al decir del adagio popular: *ensuciar el propio nido*. Tanta sinceridad es difícil permitirse. Ella es nociva en el plano individual y contraproducente en el plano social. Es decir, no solo afecta a quien declare tales cosas sino también a la estructura socio-histórica de la cual depende el sujeto que hace las declaraciones. Tal y como está constituida nuestra realidad cultural y la organización de los distintos *universos simbólicos* (Berger/Luckmann) que le dan sentido, no es posible admitir el carácter superfluo de muchas actividades teóricas, propias de la llamada "sociedad del conocimiento". El aspecto crucial a tomar en cuenta en este nivel es el siguiente: las colectividades humanas depositan, de una manera tácita o expresa, en determinadas instituciones (como por ejemplo, en las universidades, en los institutos y centros de investigación) la responsabilidad de observar, analizar y racionalizar el conglomerado social. La función de la ciencia

³³ Una discusión detallada de esta problemática (el de la racionalidad) en el campo del Derecho procesal se encuentra en mi libro: *Kritik des strafprozessualen Denkens*, C.H. Beck Verlag, München, 2005, en especial en las páginas 63 y ss.

es, por lo tanto, una función justificativa del carácter potencialmente racional de la acción humana y del mundo físico que nos rodea.

Es de esta manera que el científico social está compelido por la opinión pública, en la cual él también se encuentra inevitablemente inmerso, a demostrar que un *mundo irracional y mentiroso* (al decir de Burdeau) se aproxima constantemente a la racionalidad, que un mundo cruel y cínico se aproxima a la verdad y que un mundo en constante cambio es realmente estable y duradero.³⁴ Las ciencias sociales no pueden renunciar a ese *encargo* sin hacerse *odiosas* para su entorno, es decir, sin renunciar al papel que le ha sido impuesto por las condiciones socio-históricas y políticas de su época. Es aquí donde la educación formal (especialmente la universitaria) cumple un papel de estabilización de los conflictos sociales y de desahogo respecto a los fundamentos últimos de la actuación humana. Tal y como lo ha dicho magistralmente Peter L. Berger:

*"El secreto del triunfo está en la falta de sinceridad."*³⁵

Solamente *racionalizando* las conductas, es decir, afirmando que ellas están siempre sujetas al control cognitivo, es como hacemos confiable y seguro nuestro entorno. Ante el carácter inhumano y despiadado del universo, respondemos con la esperanza de que podamos entenderlo y controlarlo. Ante un mundo ciego e implacable para con nuestros deseos, nos ceñimos al poderío de la razón como si fuera una barca arrojada a un inmenso mar intempestuoso. Rehusamos recorrer la cortina de hierro que envuelve la realidad, cerramos los ojos ante la niebla que se desplaza sobre la inmensa noche del tiempo y construimos templos serenos en los cuales contemplar el crepúsculo de nuestra existencia finita y limitada. Tal y como decía hermosamente Bertrand Russell: "Breve e impotente es la vida del hombre; sobre él y toda su carrera ciérnese implacable y oscura la lenta y segura fatalidad. Ciega para el bien y para el mal, indiferente a la destrucción, la materia omnipotente sigue su marcha inexorable. Al hombre, condenado hoy a perder lo que más quiere, mañana a pasar él mismo por la puerta de la oscuridad, lo único que le queda es acariciar, antes de que caiga el golpe, los elevados pensamientos que ennoblecen sus breves días."³⁶

Ante el desamparo de un universo hostil, ante la avasallante contingencia de la vida, o sea, ante la discontinuidad del tiempo y el espacio, el ser humano busca representarse un mundo *inverso* al suyo; es decir, un mundo ideal que satisfaga – en el plano de lo emocional, afectivo y simbólico– sus ansias de control, seguridad y certeza. Esta necesidad, constituye, al parecer, una de las bases primigenias de la organización cultural.³⁷

³⁴ Arnold, Th., *The symbols of Government*, A Harbinger Book, New York y Burlingame, 1962, p. 37.

³⁵ Berger, P.L., *op.cit.*, 1977, p. 212.

³⁶ Russell, B., *op.cit.*, 1977, p. 72.

³⁷ Sobre los distintos componentes que permiten esta organización cultural, véase el extraordinario libro de Topitsch, E., *Erkenntnis und Illusion. Grundstrukturen unserer Weltauffassung*, 2. edición, J.C.B. Mohr, Tübingen, 1988. Sobre la búsqueda de seguridad y certeza en nuestro quehacer (personal, pero sobre todo académico), ver mi trabajo: "Vade Retro, Fortuna. O sobre la expulsión

Frente a frente con estas circunstancias adversas (i.e. con la incertidumbre, la imprevisibilidad, el caos, la irracionalidad, la contingencia) las personas (al igual que cualquier organismo viviente) buscan protegerse. Los medios de protección, es decir, de *compensación* respecto a la realidad bruta, son de diverso tipo: el ensueño, las religiones, los estados de "éxtasis y catarsis" (Topitsch), las drogas, los mitos, y, para nuestros intereses, las disciplinas sociales. Todos estos son mecanismos, muy disímiles por supuesto, que aspiran a lo mismo: a propiciar – real o simbólicamente– una atmósfera de racionalidad y certidumbre en la construcción de la realidad social y física. Es de esta forma como la ciencia social se constituye, en última instancia, en un tranquilizante, es decir, en un anestésico de las comunidades humanas. Ella representa el último refugio de la "criatura afligida", el último anhelo por hacer racional una civilización irracional, construida a lo largo de los milenios sobre la base de la barbarie, la destrucción y la sangre de muchos. Las ciencias sociales son, para consumir el argumento, el "opio del pueblo" (¡y de los académicos!).

Es evidente, por supuesto, que la forma externa adoptada por un mito, un rito religioso, un carnaval y la ciencia social es muy diferente. Ello está fuera de toda discusión. En lo personal, lo que me interesa, empero, es resaltar su *similitud estructural*; es decir, el "parecido de familia" en cuanto a la dinámica que siguen unos y otros. Las drogas adormecen el cuerpo, las ceremonias el espíritu y, las ciencias sociales nos garantizan que nuestro entorno circundante es real y que tiene ciertamente un sentido transpersonal y objetivo. Tanto el ritual religioso o catártico como la ciencia buscan, por ende, hacer comprensibles los distintos fragmentos de la realidad física y social. Es decir, la semejanza radica no en sus funciones manifiestas, sino en sus contenidos latentes. Ellos representan, para utilizar la gráfica expresión de Berger/Luckmann: *museos de sentido*.³⁸

IV. ¿Una alternativa a la concepción misionera?: La denominada "social piecemeal technology" (Popper, Albert)

Existe una clara relación entre la concepción misionera, que se ha expuesto en los apartados anteriores, y lo que Popper denominó el *historicismo*. Entiéndase por este aquella concepción de las ciencias sociales según la cual es posible descubrir determinadas leyes o patrones sociales constantes que pueden estar sujetos a una planificación estrictamente racional. Ya se ha indicado que el marxismo fue una de esas corrientes que pretendió descubrir dichas leyes y modificar, de esta forma, el curso de la historia humana. Los resultados de esos intentos ya los conocemos y no es necesario volver sobre el punto.

de 'Satanás' –el azar– del mundo de las ciencias sociales (con especial énfasis en la 'ciencia jurídica)', Cuadernos de Filosofía del Derecho DOXA 27 (2004), Departamento de Filosofía del Derecho, Universidad de Alicante, España, 2004, pp. 377-391.

³⁸ Berger, P.L., Luckmann, Th., Modernidad, pluralismo y crisis de sentido. La orientación del hombre moderno, Paidós Studio, Barcelona, Buenos Aires, México, 1997.

Por ahora, quisiéramos más bien presentar un enfoque que, sin renunciar a las posibilidades de cambio, tampoco acepta las pretensiones misioneras o historicistas de algunos científicos sociales. Nos referimos a la concepción desarrollada por Karl Popper y su discípulo alemán Hans Albert, la cual es conocida como *ingeniería social fragmentaria* (piecemeal social engineering).³⁹ ¿Qué se quiere decir exactamente con este término? Veamos.

La idea de una ingeniería social (a pesar de que el término no es el más afortunado por su posible vínculo con el concepto de "tecnocracia") implica, fundamentalmente, un intento por solucionar los problemas sociales desde una base tecnológica; es decir, considerando cuáles son los *medios* técnicos más pertinentes para alcanzar determinados *finés* previamente acordados. Se trata, en lenguaje de Max Weber, de una *racionalidad instrumental*, o sea, de una racionalidad de medios y fines.

La ingeniería social trabaja mediante un proceso de *ajuste y reajuste* constante de las soluciones ofrecidas a problemas concretos. No se pretende cambiar la sociedad como "un todo", sino determinados aspectos de ella (individualismo metodológico)⁴⁰. La base metodológica de la cual se parte es, finalmente, una base de operacionalización sistemática de las dificultades, esto es, de enfrentamiento con un problema específico y la búsqueda de una solución también específica. Esa solución, a su vez, es confrontada empíricamente, en diferentes situaciones y contextos, para medir su alcance y potencial real. Se trabaja aquí sobre la idea del "trial and error" (prueba y error) propia de la metodología científica general. Popper ha definido el núcleo de este enfoque de una forma gráfica: "El ingeniero social –al igual que Sócrates– reconoce lo muy poco que sabe. Él acepta que podemos aprender únicamente de nuestros errores. De allí que recorra su camino paso a paso, comparando cuidadosamente los resultados esperados con los resultados obtenidos y siempre vigilante de las consecuencias no deseadas de sus reformas..."⁴¹

Es claro que la tecnología social "de a poquitos" o fragmentaria no cree, por tanto, en las grandes transformaciones socio-históricas, ni en los revolucionarios aportes que pueda hacer un científico para lograr esas transformaciones, pero **sí** considera viable luchar contra determinados problemas concretos y ofrecer soluciones prácticas a esos problemas. No se puede acabar con el hambre en el

³⁹ He consultado, en especial, las siguientes obras: De Albert, H., *Der Mythos der totalen Vernunft*, recogido en: Adorno, Th., et. al., *Der Positivismusstreit in der deutschen Soziologie*, DTV, Hamburg, 1989; *Kritischer Rationalismus. Vier Kapitel zur Kritik illusionären Denkens*, Mohr Siebeck, Tübingen, 2000; *Rechtswissenschaft als Realwissenschaft. Das Recht als soziale Tatsache und die Aufgabe der Jurisprudenz*, Baden-Baden, 1993; *Konstruktion und Kritik. Aufsätze zur Philosophie des kritischen Rationalismus*, Hoffmann und Campe, Hamburg, 1972; por su parte de Karl Popper, véase en especial: *The poverty of historicism*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1974; *Auf der Suche nach einer besseren Welt*, Piper, Munich, Zürich, 1984.

⁴⁰ Consultar mi trabajo "La falacia del Todo. Claves para la crítica del holismo metodológico en las ciencias sociales". En RTFD (Revista Telemática de Filosofía del Derecho), No. 10, Número especial del décimo aniversario 1997-2007, ISSN 1575-7382, http://www.filosofiyderecho.com/rtfd/numero10/falacia_ficha.htm.

⁴¹ Popper, K.R., *The poverty of historicism*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1974, pp. 67.

mundo, ni con la delincuencia en la sociedad, ni con la contaminación ambiental, nos dirá el tecnólogo social, pero sí se puede alimentar a una familia, evitar la comisión de un delito o proteger la contaminación de un río. Para implementar este tipo de políticas es necesario conocer cuáles son las causas que generan los problemas y con cuáles medios se pueden enfrentar esas causas. Aquí hay que tener claro que el estudio tecnológico puede indicarnos las causas y los medios, lo que no puede hacer es señalar cuáles fines últimos han de ser perseguidos. Esta es una decisión axiológica (o sea valorativa) que precede el trabajo tecnológico.

Es evidente que esta concepción merece mucho mayor respaldo que la concepción misionera de los científicos sociales que se expuso en la primera parte de este texto. Sin embargo, más allá de eso, subsiste la pregunta: ¿qué opinión merece el enfoque tecnológico? La respuesta a esta interrogante no se puede dar en abstracto. Todo dependerá de las esferas de acción en las cuales quiera incidir el tecnólogo social. Siempre y cuando no se traicionen los postulados metodológicos básicos y el científico social se concentre en "regiones" específicas de su entorno, entonces resultará claro que las posibilidades de éxito serán mayores. El error reposa, tal y como se ha insistido a lo largo de esta investigación, en la *generalización* de los supuestos y de las hipótesis básicas. En el momento en que se quieran implementar medidas "universales", reformas "estructurales", transformaciones "integrales", u otras cosas (fantasmagóricas) por el estilo, ya se ha renunciado a un planteamiento tecnológico y se ha caído en uno misionero o utópico.⁴²

Por supuesto, a nosotros nos gustaría creer que es plenamente posible en el campo social, político, económico y jurídico, una dilucidación estrictamente racional-tecnológica de los problemas que allí nos hostigan y nos aquejan desde hace siglos; sin embargo, no podemos albergar tales esperanzas hasta el final. Conociendo de cerca la dinámica implícita en las comunidades sociales, sus respectivos "juegos del lenguaje", sus estrategias retóricas y de persuasión, sus estructuras de auto-engaño y de ficción, se nos hace demasiado difícil concederle tantas posibilidades a la racionalidad científico-tecnológica en campos que no sean muy limitados y definidos cuidadosamente. De allí que quisiéramos ir concluyendo este trabajo recordando una frase –difícil de aceptar y de digerir– pero finalmente necesaria por razones de realismo y de honestidad intelectual, del sociólogo Stanislav Andreski:

“En lugar de visiones proteicas de un triunfo final de la razón sobre la magia y la ignorancia, debemos humildemente reconocer que las normas e ideales, que permiten el progreso del conocimiento humano, deben ser defendidos en cada generación contra nuevos enemigos, quienes, como la cabeza de la Hidra, renacen, una vez que son derrotados, utilizando nuevos conceptos, propaganda

⁴² Respecto al tema del "holismo metodológico", puede verse mi trabajo: "La falacia del Todo. Claves para la crítica del holismo metodológico en las ciencias sociales" ya citado a la altura de la nota 40.

emotiva y estratagemas diversas para aprovecharse de las eternas debilidades de la humanidad.”⁴³

V. ¿Es nuestra posición "conservadora" y "reaccionaria"?

No sería inusual que ante una crítica como la que se ha desplegado, donde se quiso desenmascarar llanamente y sin rodeos las *imposibilidades* de las ciencias sociales, y llegado el caso, sus mentiras, se nos catalogue como *conservadores* del status quo o incluso como *reaccionarios* burgueses, que lo único que pretendemos es oponernos a ciertas condiciones sociales injustas y opresoras. Se objetará, además, que lo que buscamos es opacar la transformación social o, eventualmente, legitimar las condiciones actuales de vida. Se dirá que una disciplina académica (como la sociología, la ciencia política, la economía o el derecho) que no contribuya a una crítica radical y liberadora de la realidad social, con miras a su transformación positiva, se hace cómplice de las injusticias que se cometan en esa realidad. ¿Qué hemos de decir frente a estas objeciones?

Desde nuestra perspectiva, la crítica es errada por las siguientes razones puntuales:

(a) En primer lugar, los términos "conservador" o "reaccionario" no son unívocos, sino todo lo contrario. Se trata de *definiciones persuasivas* (Stevenson) con las cuales se quiere más bien emotivizar la discusión, trasladándola desde un plano teórico-descriptivo a uno retórico. De allí que nuestro adversario potencial tendría, en primer lugar, que definir exactamente qué entiende él con esas adjetivizaciones. Si por "reaccionario" se entiende que nos oponemos a tratar la teoría social como un sermón dominical o como un discurso en una plaza pública –pletórico de *fórmulas vacías* y de conceptos indeterminados– entonces sí se nos puede considerar conservadores. Creemos, firmemente, en los esfuerzos analíticos y empíricos para validar las categorías básicas de las ciencias sociales. Si, por el contrario, por "reaccionario" se entiende que nos oponemos a todo cambio social *per se*, entonces ello resulta palmariamente absurdo, como señalaré seguidamente.

(b) Es imposible que la realidad (más allá de qué se entienda por esta) no experimente diversas transformaciones, sea en mayor o menor medida. ¡El mundo social no está muerto! La cuestión clave no radica en negar esas transformaciones o en rechazar la posibilidad de que algunas de ellas se gesten por parte de los científicos sociales, sino en señalar que éstas no obedecen exclusivamente a una racionalidad de tipo tecnológico-científico. Es decir, lo que nosotros defendemos es que los cambios socio-históricos se generan a raíz de múltiples e intrincadas variables que no son siempre susceptibles de previsión o cálculo técnico por parte del cientista social.

⁴³ Andreski, S., op. cit., p. 250.

(c) En tercer lugar, nuestras alegatos buscan, esencialmente, despertar una *sensibilidad analítica* respecto a la praxis del conocimiento social. Ello quiere decir que el científico, si es que realmente desea contribuir a la explicación, comprensión y solución de determinados problemas sociales, debe proceder *parcelando* conceptual y empíricamente la compleja realidad a la cual se enfrenta.⁴⁴ No es posible enfrentarse a la sociedad como un "todo", ni encontrar leyes generales ("universales") que abarquen esa totalidad de una manera satisfactoria.

(d) En definitiva, nosotros sí creemos en los cambios y en las transformaciones sociales. No hacerlo sería disparatado. Lo que no creemos es que estos se lleven a cabo por la influencia directa de unos planificadores racionales, de unos revolucionarios clarividentes o de unos guros académicos que ven el mundo de mejor manera que los restantes seres humanos. Por eso, estos proyectos utópicos nos parecen sospechosos. Todo cambio conlleva un esfuerzo analítico, un enfrentamiento con problemas concretos en la búsqueda de soluciones parciales, que luego serán superadas por otras mejores, en un continuo régimen correctivo de prueba y error.

Aunque parezca paradójico, los más "conservadores" y "reaccionarios" (más allá de lo que esto signifique exactamente) resultan ser, precisamente, aquellos académicos quienes, apelando a las grandes revoluciones, a las reformas estructurales o a los cambios integrales y de paradigma claudican cuando observan que sus esfuerzos globales no generan frutos concretos. Por supuesto, si nos preocupamos por luchar por cosas como "el" País, "la" Universidad, "los" pobres, "el" medio ambiente, "las" minorías étnicas, "los" derechos humanos, etc. (¡y todo ello en abstracto!) no será raro que con este proceder se aparte más bien la vista de los problemas específicos que se dan en esos planos de la realidad social. Parafraseando a La Rochefoucauld podríamos decir: es muy bonito cuando se lucha por "la" humanidad, y sin embargo se deja morir de hambre al pobre diablo del barrio. Esta actitud, más que progresista, de vanguardia, o como quiera llamársele, me parece farisaica, pero es justamente ella la que parece dominar en ciertos círculos académicos de renombrados científicos sociales.

VI. Conclusiones generales

En resumen, los cambios sociales, políticos y jurídicos obedecen mucho más al azar, a las cambiantes coyunturas históricas, a los intereses particulares de algunas minorías, o, finalmente, a la retórica de algún maniático de la agitación, que a la planificación racional y técnica. Es imposible pasar por alto que en el gobierno de las cuestiones humanas, el oscurantismo es mucho más productivo que el conocimiento, el engaño más gratificante que la verdad y la estupidez

⁴⁴ Una discusión del tema se encuentra en mi ensayo: "La explicación científica en las ciencias sociales: Consideraciones intempestivas contra el dualismo metodológico". En Revista Reflexiones, volumen 84 número 02, año 2005, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Costa Rica, San José, Costa Rica.

mucho más rentable que la sabiduría. Tal y como sostiene el sociólogo israelí Joseph Hodara: "La ignorancia no es únicamente una ausencia cultural, o una conspiración de clase, o una artimaña del imperialismo. Es una estructura social. Se preserva y se disemina porque actores y víctimas obtienen gratificaciones de diferente jaez o soslayan los pánicos de la verdad...[L]a ignorancia es poder y es alivio emocional y cognitivo."⁴⁵

En un mundo donde lo importante es *divertirse hasta la muerte* –al decir de Postman– no resulta extraño que los mecanismos de organización social más exitosos y eficaces sean aquellos que le brinden al público consuelo y desahogo. Lo que se requiere es el solaz esparcimiento de la distracción, el regocijo paralizante de la ignorancia, la tranquilidad espiritual del entretenimiento y del carnaval. No hay que olvidar que: *Dios ama a aquellos que nos hacen reír*. El cielo es de los comediantes, no de los aguafiestas.

Las bases culturas de la civilización han llegado a ser de tal naturaleza que lo esencial para su reproducción constante, pacífica, serena, es la mentira (o en todo caso el auto-engaño). Tal y como sostenía Sebastián Brant desde hace ya varios siglos: *El mundo quiere ser engañado*. La aceptación franca y sincera de las condiciones generales de la existencia, la admisión del inequívoco poderío de la muerte y el imperio de la destrucción, hacen que el *mito* sea una forma básica de organización social y un componente inarrraigable de las conformaciones políticas y jurídicas de nuestra cultura.⁴⁶

El papel de las ciencias sociales es, desde esta perspectiva, *racionalizar simbólicamente* el mundo de la vida. "Racionalizar" significa aquí desarrollar determinadas estructuras de sentido compatibles con la convivencia en sociedad: hacer de un mundo azaroso, algo previsible, de un mundo irracional y cruel, algo que contiene elementos de sensatez y de nobleza, de un mundo cínico y despiadado, algo hermoso y digno de vivir. De esta manera, los científicos sociales, en su intento por aprehender racionalmente su entorno, contribuyen a la formación de los "universos simbólicos" mediante los cuales se articula la realidad social y su reproducción histórica de sentido.

En un entorno conformado de esta manera, los científicos sociales juegan un papel mucho menor del que generalmente se cree. Las posibilidades de cambio y transformación cultural resultan más exiguas de lo que se predica. Por lo tanto, las actividades que se llevan a cabo en estos círculos académicos (conferencias, congresos, talleres, y publicaciones: ¡como esta!) tienen, básicamente, un carácter *lúdico*, es decir, de juego y gratificación para los propios actores que las practican y no conllevan mayores transformaciones en la realidad social concreta. Creer lo contrario es incurrir, conciente o inconscientemente, en una concepción misionera.

⁴⁵ Hodara, J., "Hacia una sociología de la ignorancia", tomado de: http://biblioteca.itam.mx/estudios/estudio/letras24/textos2/sec_1.html

⁴⁶ En este sentido, es de consulta obligatoria la obra de Leszek Kolakowski, *La Presencia del Mito*, traducción de Gerardo Bolado, Cátedra, Madrid, 1999.

Referencias Bibliográficas

Albert, H. [1988]: "*Der Mythos der totalen Vernunft*", recogido en: Adorno, Th., et. al., *Der Positivismusstreit in der deutschen Soziologie*, DTV, Hamburg, 1989.

___ [2000]: *Kritischer Rationalismus. Vier Kapitel zur Kritik illusionären Denkens*, Mohr Siebeck, Tübingen.

___ [1993]: *Rechtswissenschaft als Realwissenschaft. Das Recht als soziale Tatsache und die Aufgabe der Jurisprudenz*, Baden-Baden (de este texto hay una traducción del autor de este ensayo en la Editorial FONTAMARA, México, 2006).

___ [1972]: *Konstruktion und Kritik. Aufsätze zur Philosophie des kritischen Rationalismus*, Hoffmann und Campe, Hamburg.

Andreski, S. [1974]: *Die Hexenmeister der Sozialwissenschaften. Missbrauch, Mode und Manipulation einer Wissenschaft*, List Verlag, Munich.

Arnaud, P. [1969]: *Sociologie de Comte*, Presses Universitaires de France, Paris.

Arnold, Th. [1962]. *The symbols of Government*, A Harbinger Book, New York y Burlingame.

Bachelard, G. [2003]: *La formación del espíritu científico. Contribución a un psicoanálisis del conocimiento objetivo*, Siglo XXI Editores, México.

Bentham, J. [1988]: *The principles of moral and legislation*, Prometheus Books, New York.

Berger, P.L. [1977]: *Introducción a la Sociología. Una perspectiva humanística*, Editorial Limusa, México.

___ [1963]: *Invitation to Sociology. A Humanistic Perspective*, Anchor Books, Nueva York.

Berger, P.L. y Luckmann, Th. [1997]: *Modernidad, Pluralismo y Crisis de Sentido. La orientación del hombre moderno*, Paidós Studio, Barcelona, Buenos Aires, México.

Bunge, M. [1999]: *Las ciencias sociales en discusión. Una perspectiva filosófica*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires.

Ciorán, E. [1997]: *Silogismos de la Amargura*, trad. de Rafael Panizo, TusQuets Editores, marginales 109, 3. edición, Barcelona, España.

Comte A. [1977]: *Primeros Ensayos*, trad. de Francisco Giner de los Ríos, Fondo de Cultura Económica, México.

Elias, N. [2000]: *Was ist Soziologie*, 9. edición, Juventa Verlag, Weinheim y Munich.

Frankl, V. [1985]: *Man's search for meaning*, Washington Square Press, New York.

Freud, S. [1974]: *Das Unbehagen in der Kultur*, recogido en: *Kulturtheoretische Schriften*, S. Fischer Verlag, Frankfurt am Main.

Fromm, E., *El dogma de Cristo y otros ensayos sobre religión, psicología y cultura*, trad. de Gerardo Steenks, Editorial Paidós, Buenos Aires.

Goleman, D. [1997]: *La Psicología del autoengaño*, trad. de Dorotea Pläcking de Salcedo, Editorial Atlántida, Buenos Aires.

Haba, E.P., [1997]: "*Variantes del pensamiento escapista en una moderna 'santa familia': sobre Rawls, Habermas, etc.*", en Sistema 137, marzo de 1997, Madrid, España.

___ [1998]: "*Teorización constructivista como 'forma de vida' (sobre 'reglas' y 'formas' del discurso jurídico en los tribunales inexistentes)*", en: Cuadernos de Filosofía del Derecho DOXA 21-I (1998), Departamento de Filosofía del Derecho, Universidad de Alicante, España, pp. 147 y ss.

Hodara, J. "*Hacia una sociología de la ignorancia*", tomado de: http://biblioteca.itam.mx/estudios/estudio/letras24/textos2/sec_1.html

Kolakowski, L. [1981]: *Die Hauptströmungen des Marxismus* (3 tomos), 2. edición, Piper, Munich, Zürich.

___ [1999]: *La presencia del Mito*, trad. de Gerardo Bolado, Editorial Cátedra, Madrid.

Nieto, A. [2002]: *Balada de la Justicia y la Ley*, Editorial Trotta, Madrid, España.

Popper, K. [1974]: *The poverty of historicism*, Routledge & Kegan Paul, Londres.

___ [1984]: *Auf der Suche nach einer besseren Welt*, Piper, Munich, Zürich.

Russell, B. [1975]: *Misticismo y Lógica*, trad. de José Rovira Armengol, Biblioteca del hombre contemporáneo, Editorial Paidós, Buenos Aires, Argentina.

Salas, Minor E. [2005]: *Kritik des strafprozessualen Denkens*, C.H. Beck Verlag, München.

___ [2004]: "*Vade Retro, Fortuna. O sobre la expulsión de 'Satanás' —el azar— del mundo de las ciencias sociales (con especial énfasis en la 'ciencia' jurídica)*", Cuadernos de Filosofía del Derecho DOXA 27 (2004), Departamento de Filosofía del Derecho, Universidad de Alicante, España, pp. 377-391.

___ [2006]: "*La falacia del Todo. Claves para la crítica del holismo metodológico en las ciencias sociales*". En RTFD (Revista Telemática de Filosofía del Derecho), No. 10, Número especial del décimo aniversario 1997-2007, ISSN 1575-7382, http://www.filosofiaderecho.com/rtfd/numero10/falacia_ficha.htm.

___ [2005]: "*La explicación científica en las ciencias sociales: Consideraciones intempestivas contra el dualismo metodológico*". En Revista Reflexiones, volumen 84 número 02, año 2005, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Costa Rica, San José, Costa Rica.

Sokal, A., y Bricmont, J., [1999]: *Imposturas Intelectuales*, Paidós, Barcelona, Buenos Aires, México.

Topitsch, E. [1988]: *Erkenntnis und Illusion. Grundstrukturen unserer Weltauffassung*, 2. edición, J.C.B. Mohr, Tübingen.

UNESCO [2003]: Revista Internacional de Ciencias Sociales 177, septiembre del 2003, en la dirección electrónica:
http://portal.unesco.org/shs/en/file_download.php/3a5e4683f464b0c6bc20a9e6ce976c6bFulltext177spa.pdf

Weber, M. [1988]: "*Die 'Objektivität' sozialwissenschaftlicher und sozialpolitischer Erkenntnis*", recogido en: *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*, J.C.B. Mohr, 7. edición, Tübingen.

Wolff, R.P., Moore, B. y Marcuse, H. [1977]: *Crítica de la tolerancia pura*, Editora Nacional, Madrid.